



VITAL AZA

Vital Aza es muy largo.

Con eso le basta; no ha necesitado descubrir la *cuarta dimensión* para encontrar el elixir del buen éxito, ó sea contra las silbas.

Vital Aza es de un país que produce muchas cosas buenas, verbigracia: manzanas, ganado vacuno, avellanas, ministros, carbón, obispos y cardenales, hierro, maíz, diputados influyentes, contratistas aprovechados, pastos, americanos que van... y vuelven con media América, etc., etc.; pero no produce poetas, ni en general artistas en el riguroso sentido de la palabra.

Por lo común, los asturianos son listos, pero en prosa. La prosa se va á la ganancia, al provecho, á la utilidad. La listeza asturiana también. El as-

turiano lo concilia todo con el ascenso, con la carrera.

Los grandes asturianos se llaman Jovellanos, Campomanes, Argüelles, Toreno, Pidal, Inganzo... es decir, ministros, próceres, cardenales (Martínez Marina, uno de los grandes asturianos más simpáticos, no pasó de canónigo; pero al fin... ¡canónigo! Y tal vez por no haber ascendido más descansan sus restos desdeñados lejos de la patria regional, allá en Zaragoza.)

Si vamos lejos, remontando la historia, encontramos los Quintanillas y Menéndez de Avilés, consejeros y caudillos de grandes reyes... El primer martir asturiano, murió pocos años hace, en China.

La filosofía, la cosa más extraña á la utilidad, la filosofía que metió á Diógenes en un tonel, y á San Pablo, que filósofo era, le redujo á remendar tapices y á Espinosa le obligó á pulir vidrios, tiene en Asturias su ilustre representante: Fray Zeferino González, que es... *príncipe* de la Iglesia, cardenal. Observen ustedes que ha habido muchos asturianos cardenales. Cardenal viene de *quicio* (*a cardine*; cardo, inis), y los asturianos no se salen de quicio, y por eso, en la Iglesia, tiran á cardenales.

Campoamor ha sido el único poeta asturiano... *lirico*, de cuenta. Pues Campoamor es consejero

de Estado además de lírico, y suele ser senador cuando no se atraviesa el barón de Covadonga.

Pintores asturianos célebres, no los hay; sólo Carreño, discípulo de Velázquez, empieza hoy á ser considerado á cierta altura.

De autores dramáticos, Vital Aza es el primer asturiano que puede citarse, entre los de fama, dejando á parte á Bances Candamo, que hoy nadie recuerda, y creo que era asturiano, (1) y no citando *El delincuente honrado*, de Jovellanos... por que es una golondrina que no hace verano.

Vital Aza es poeta... pero asturiano. Sus versos son fáciles, correctos, graciosos, intencionados, sutiles si hace falta, vivos, animados... poco *liricos* casi siempre; no es soñador, ni gana; cuando se deja llevar por la pura idealidad soñadora... acaba por burlarse de sí mismo mediante una *salida* que le llama cómicamente á la realidad.

Era *natural* que Aza, poeta, y poeta dramático, cultivase la comedia, y la comedia más realista posible, la que toma el elemento cómico de la prosa ordinaria de la vida; la que da lecciones con los desengaños, á veces grotescos, de las pequeñeces de la experiencia cotidiana. En las comedias de Vital Aza veréis las reminiscencias de su juventud, no en vagas *saudades* de los primeros

(1) De Sabugo, barrio de Avilés.

amores, sino en el *sensucht* (!) prosáico de las *primeras patronas*. Si se acuerda de sus novias es para pensar en la mala ortografía de las señoritas españolas de nuestro principio, medio y fin de siglo. Las casas de huéspedes son como una obsesión (que sabe explotar) de su teatro; sus *Tenorios* no se encierran en el sepulcro de doña Inés, sino en un *armario*.

Pero como por muy *realista* que sea la poesía es poesía... no es una carrera del Estado, ni de la Iglesia, ni una contrata, ni unas Indias, ni una mina, Vital Aza tuvo que decirse: ¿Cómo llegaré yo á *cardenal*, ni más ni menos que Inguanzo y Fr. Zeferino?... En el teatro no hay cardenales... Pero si no puedo obtener el capelo, puedo ganar el sueldo. Y en efecto; Aza gana hoy con sus obras *trimestres cardenalicios*: es un *príncipe*... del trimestre. ¡No podía menos! Asturiano que se distingue, asturiano que gana dinero.

No conozco más excepción que la del protomartir Melchor, el sacrificado en China

Y Vital gana todo eso por lo que he dicho: porque es muy largo.

No quiero decir, y ya lo supondrán ustedes, que gana los cuartos enseñándose por ahí en calidad de gigante chino, aunque bien pudiera, si no como chino, que Dios le libre, como gigante.

Vital es largo (y su estatura es un símbolo ex-

terior) porque sabe mucho, porque conoce la aguja de marear... al público; la gran estética del buen éxito.

Preguntadle de qué escuela es, si idealista, realista, naturalista, *flamenco*, *tendencioso*, *verde*, *ratista*, *revistista*, etc., etc., y os contestará que es... *taquillista*; es decir, que él se atiene á la opinión que el público deja firmada en el talonario de contaduría. Para Vital, cada pedacito de papel de color del cual se arrancó otro pedazo, para dárselo á un *cliente*, equivale á una dedicatoria en un album de admiradores, dedicatoria que implícitamente dice así: «Á Vital Aza un admirador... de tres pesetas,» ó lo que fuere.

Mas, entendámonos; Vital Aza cobra el arte... pero no lo vende. No prostituye la musa por ganar dinero; no sigue la novedad de la moda, el último *tic* del público; no sacrifica el decoro, el buen gusto al interés del momento; lo que explota es su ingenio, su habilidad, el tacto y la prudencia con que sabe elegir asunto, situaciones, chistes, caracteres.

Sigue el humor del público... pero no en sus extravíos, como seguía Madoz al partido progresista.

Vital no descubre horizontes, no *rompe moldes*, pero no pervierte el gusto ni la moral.

No es paladín de ninguna escuela ni tendencia. Pero tampoco tiene enemigos.

Nadie, ni dentro ni fuera del teatro, habla mal de Aza; todos le estiman, hasta los que le desdennan con una fantástica altivez que suele ser muy cómica.

No es popular sólo en Madrid y en Gijón y en Oviedo y en Mieres (*donde reside...* desde Mayo á Octubre), es popular en toda España. Sus comedias, aunque ganan bien representadas, son de las que pueden abordar con menos dificultad los cómicos de *provincia* y los aficionados.

Por eso en toda España al autor de *Aprobados y suspensos* le llama todo el mundo Vital, como si le tutease; y muchos hay que creen que Vital es apellido.

Preguntadle á Vital: ¿á qué género, á qué escuela se inclina usted en su arte de hacer comedias? y responderá:

¡Yo! Me inclino... á Ramos Carrión.

En efecto; en sus obras no hay más influencia que la de Ramos... cuando éste escribe la mitad de la obra: no la mitad matemática, sino la mitad que supone la idea de escribir en colaboración. Ramos es también... cuasi-asturiano, si no es asturiano de nacimiento. Ramos también ha descubierto el arte de acertar siempre, gracias á cualidades análogas á las de Vital, y que ya he explicado en otra semblanza. Dios los crió y ellos se juntaron.

No hay para qué hacer comparaciones. Ramos es más... maestro, más antiguo, más experimentado, y esto puede decirse sin empacho, porque Vital es el primero que lo reconoce. Además, se quieren tanto y tan de veras, que hasta los elogios los reciben *in sólidum*.

Atendiendo á lo que producen separados, se puede decir que las obras que hacen juntos ganan, respecto de las de Vital, en el estudio de caracteres, y respecto de las de Ramos, en *chistes de dicción* que pudiera decirse, y en *salidas* humorísticas, y tal vez en situaciones de un cómico picante, subido, alegre... Difícil sería ahondar mucho en este *cálculo diferencial*, porque muchas cualidades les son comunes.

Como *particulares* son muy diferentes.

Vital alto, Ramos bajo. Vital alegre, Ramos serio, casi melancólico.

Vital sigue siendo quien es en la comedia de la vida. Va, por ejemplo, á una casa de baños y entra con él todo el repertorio. Hace morir de risa á las damas, á las señoras graves, al mismo clero regular y secular que suele ser herpético y frecuente estos lugares; y al cabo de la temporada se encuentra Vital con que los *indianos* á quienes ha hecho felices ganándoles el dinero al tresillo y demás, entre chiste y chiste, le regalan cajas de habanos; la musa de las cuarenta le ha sido pro-

picia y la estancia *termal* ha sido para él de *termas regaladas*, como dijo el poeta. En fin, todo lo mismo que en el teatro.

Hasta á los *críticos severos* los deja sin un cuarto. Pero muertos de risa.

Excuso añadir que, lo mismo que en la escena, Vital gana aquí siempre por medios lícitos. Es que sabe.

Yo pido á los dioses, particularmente á la hermana Talía, que le conserven siempre á Vital el humor y la habilidad para seguir alcanzando gloria y provecho.

Para lo primero le basta su ingenio.

Para lo segundo... procure continuar siendo asturiano.

No haga como aquel *biografiado* de Cánovas, que primero era de una provincia y después de otra.



Don Manuel Silvela.

La muerte de D. Manuel Silvela ha causado varios *vacíos* de esos *difíciles de llenar*, no por nada sino por *l'embarras du choix*, por las intrigas y rivalidades que surgirán para reemplazar al difunto en la Academia Española, en el Senado, si era senador, que creo que sí, y en los demás puestos que sin duda ocuparía el mayor de los Silvelas.

Yo me he propuesto no decir jamás palabra mala de los escritores que mueren, muy al revés de lo que hacen otros, verbi gracia, doña Emilia Pardo Bazán,

que sabe quitar la piel
si le encuentra muerto, á un can
y cuando vivo, huye de él.

Y lo digo por Velarde y Cañete, sin ir más le-

jos. Los cuales se habrán muerto queriéndome á mí bastante mal y á doña Emilia muy bien... y después ¡ya han visto ustedes qué responso les cantó! (1)

D. Manuel Silvela era listo, y en tiempos en que Selgas pasó por un filósofo de estilo cortado, no es extraño que Velisla fuera tenido también por una lumbrera joco-seria.

En fin, miserias del año sesenta y tantos, de la época en que, como tengo dicho varias veces, por poco se vuelven tontos todos los españoles. Á Dios gracias, algunas docenas se libraron de la peste.

De todos modos, Velisla, repito, tenía ingenio, cierta gracia en la pluma, era hombre culto, según dicen los que le trataron, amable, cortés...

Dios le haya acogido en su seno.

Pero no se trata de eso.

Se trata de declarar que el difunto no es responsable, ni en poco ni en mucho, de las atrocidades apologéticas que los periodistas, más ó menos bachilleres, hayan podido decir con ocasión del entierro del *atildado* académico, como le llama un revistero fúnebre. ¡*Atildado!* Fijense ustedes bien

(1) Los artículos de este volumen en que se habla del Sr. Silvela se publicaron todos mucho antes de morir este caballero. Después de su muerte jamás he censurado obras suyas, cualquiera que fuese mi opinión acerca de los escritos póstumos que he leído impresos.

en la palabra; repítansela en voz alta varias veces, y acabarán por confesar que llamarle á uno atildado, así, á secas, y como si fuera una gracia, es ponerle en ridículo. Porque ¿quién es el hombre que se contenta con haber venido á este mundo para ser atildado?

*
* *

No sé si D. Julio Nombela (también *eminente* allá por el año sesenta y tantos, el *siglo* de Salvador López Guijarró, como si dijéramos), no se si D. Julio será hombre con ó sin tildes; pero sí juro que es bastante mal intencionaduco en sus literaturas y correspondencias y que pone la pluma que es un dolor.

Véase la clase:

«D. Manuel Silvela y el duque de Fernan Núñez figuraban en el reducido número de esas individualidades á quien todo el mundo quiere, cuyas alegrías y pesares interesan aun á los que no los tratan, y á los que se desea todo género de venturas».

Usted, Sr. D. Julio, hable por sí, y no ponga á los demás en un compromiso. Yo quiero á todas las *individualidades* del mundo, y si esas individualidades son prójimo, más todavía; yo deseo

todo género de venturas á cuantos seres son capaces de ventura; á usted mismo, Sr. Nombela, si es capaz de gozar con algo un hombre que escribe tan mal; y no le quiero á usted por lo individual, sino porque todos somos hermanos, aunque parezca mentira. En cuanto á interesarme por las alegrías de Silvela y Fernan Núñez, así de un modo particular... francamente, no. Y si va usted á contar, la inmensa mayoría de los humanos estará en mi caso.

«Con el primero desaparece el último (¿eh?) representante (¡ah, vamos! era un *juego* de palabras!) de aquellos hombres de Estado á lo Chateaubriand, á lo Talleyrand (!), á lo Metternich (!!), de profunda ciencia, de claro talento, de ingenio chispeante, de *basta* (así dice) erudición, de amenísimo trato y de una corrección (?) y elegancia superiores.»

Como usted ha dicho «D. Manuel Silvela y el duque de Fernan Núñez,» resulta que el *primero* es Silvela. ¿Tan Metternich era Silvela, hombre? —¿Que nó, que se há equivocado usted, y el *primero* es el *último*, esto es, el duque de Fernan Núñez? Bueno, pues entonces: tan Chateaubriand era el duque?—Y ni el duque ni Silvela se parecen mucho, que yo sepa, á Talleyrand.

¿Que eran de corrección superior? Serían. Á punto fijo yo no sé lo que usted quiere decir con lo de corrección. Lo de la elegancia, si lo entiendo. ¿Le

consta á Nombela la elegancia de Silvela y la elegancia de Chateaubriand? Y además, ¿es serio recordar á los hombres de Estado por elegantes? ¿Qué deja usted para los pisaverdes?

Sigue hablando Nombela de Silvela, y dice que... «los nobles sentimientos que *latían* en su corazón y se manifestaban en sus actos, acababan por inspirar una verdadera *adoración*.»

¡Pero, hombre, eso ya es fetichismo!

Digamos con el poeta, sobre poco más ó menos:

¡Dios mío, qué mal acompañados
se quedan los muertos!

*
* *

Pues este D. Julio Nombela que escribe así, y peor si le apuran, ha sido en las olimpiadas de D. Salvador López Guijaro un *gran humorista* y *novelista* y *ensayista*.

¡*La Época* le daba cada bombo!

Y no se quedaba corto el mismo Nombela al elogiar á sus colegas... Recuerdo unos *retratos á la pluma* que publicó en *La Época*, de los cuales resultaba que eran unos genios muchos caballeros que hoy á duras penas serán jefes de negociado incógnitos...

¡Qué tiempos aquellos del año sesenta y tantos!
¡Y cómo se les van pareciendo estos del noventa y pico!

Yo, lo que López Guijarro, probaba otra vez á ser notabilidad...

Aunque fuera tiñéndole el pelo al humorismo.



Castro y Serrano.

Es simpático.

Lo es á pesar de los bombos de *La Época* y á pesar de la amistad de Cánovas y hasta á pesar del discurso del Sr. Duque de Rivas en contestación al del *preopinante*.

Con lo que no estoy conforme es con lo que decía poco ha el Sr. Ortega Munilla en *Los lunes de El Imparcial*. Decía que la nueva escuela literaria había aprendido á escribir en los libros de Castro y Serrano.

Nego suppositum, como diría Pidal, el eterno pretendiente.

Primero niego que haya nueva escuela literaria. Ni nueva, ni literaria, ni escuela.

Y si queremos admitir que varios jovencitos que

á sí mismos se llaman gente acabada de salir del horno *constituyen* esa nueva escuela, todavía sigo negando que hayan aprendido á escribir en los libros de Castro y Serrano.

Porque no han aprendido á escribir todavía.

Y si de otras personas se trata, yo sé de muchas que escriben como gerifaltes, y si les apuran declararán que, lo que es leer, no han leído siquiera al Sr. Castro y Serrano.

Pero si no ha enseñado á nadie, á unos porque no lo necesitan, y á otros porque no pueden aprender, el Sr. Castro sabe escribir, aunque no sea un modelo, y eso basta.

Con esto de que sabe escribir no quiero dar á entender que corre como el galgo, ni vuela como el sacre, ni nada como el barbo.

No, señor, no es un águila, pero tampoco es un académico-mosca.

Si yo mandara en la Academia y llevase á feliz término la *expulsión de los moriscos*, que es mi ideal histórico, el Sr. Castro y Serrano no sería de los expulsados.

Este señor entra ahora en la casa ruinosa de la calle de Valverde... y yo creía que había nacido allí.

Era un académico de temperamento... pero no le reconocieron el hueso palomo de la *academici-
dad* hasta que, á fuerza de ser muchos años ami-

go de Cánovas, éste le creyó bastante maduro para inmortal.

Pero ¡cría cuervos, cría cuervos! (Ya he dicho que el Sr. Castro no era un águila.) Lo primero que hace Castro y Serrano al entrar en la Academia, es clavarle el espadín á Cánovas hasta la empuñadura. (No sé si esto es un galicismo; no sé si nuestros inmortales usan espadín, como los franceses, pero supongo que sí.) Cánovas hace que le hagan académico... y Castro diserta acerca de la influencia... del azul en las bellas artes, digo, no, acerca de la amenidad en la literatura. Que es como disertar *contra La campana de Huesca, El solitario y su tiempo* y demás adormideras, dicta-
mo y malvas de Cánovas del Castillo.

Los que no comprendan el corazón humano y los rencores que debe de engendrar el trato continuo de un amigo monstruo, no penetrarán la dañada intención de Castro y Serrano al escoger ese asunto. Cánovas, en la intimidad de su orgullo, debe de ser insoportable. ¡Pero bien se ha vengado el catecúmeno! En vez de hablar de Canalejas (D. Francisco) (que bien lo merecía, Sr. Castro), el *amigo* de D. Antonio nos suministra una defensa del estilo ameno, que viene á ser, como si dijéramos, una *semblanza al revés* de Cánovas estilista.

Pero el Sr. Castro y Serrano mató dos pájaros

de un tiro. Puso en ridículo, sin nombrarle, á Cánovas... y al Sr. Duque de Rivas.

El mayor chiste del nuevo académico fue hacerle hablar de la *amenidad* literaria al Sr. Duque de Rivas.

El cual, como era natural, hizo todo lo contrario de lo que hacía Diógenes cuando probaba el movimiento andando.

El Duque se cogió á sí mismo como ejemplo de la *no amenidad*, recordando el conocido ejemplo del beodo que servía de *modelo* á los jóvenes espartanos.

Al Sr. Duque de Rivas no le gusta Rabelais.

Debemos pensar que si viviera Rabelais, tampoco sería un apasionado del Duque de Rivas.

El cual, comprendiéndolo así, se venga hipotéticamente.

Como el Sr. Pidal.

Volvamos á Castro y Serrano.

El cual, si leyera esto, se diría:—Vaya, vaya, eso es *humorismo*; no me gusta.

Siento que una persona tan discreta como el nuevo académico, haya dicho tantos disparates con motivo del humorismo.

Del humorismo se ha hablado tanto, que es ya hasta cursi el saber lo que es.

Pero el no saberlo es mucho más cursi.

El Sr. Castro llama humorismo á aquellos ar-

tículos y versos que hacían Eusebio Blasco, M. del Palacio y otros, hablando en serio y en broma por turno y mezclando los apuros pecuniarios que ellos pasaban con los grandes y eternos intereses de la humanidad... No es eso, Sr. Castro. Los grandes humoristas no son eso, no son Blasco y demás, son... bien claro se lo dice el Duque de Rivas: Rabelais, Swift... justo, justo, y otros. (¡Miren ustedes si sabe el Duque!)

En lo que está muy acertado y oportuno el autor del *Brigadier Fernández*, es en lo que dice de la redacción de nuestros documentos oficiales. ¡Sí, vive Dios! Desde la Constitución hasta el último decreto, todo está muy mal escrito. Da vergüenza. Tenemos unos Códigos *nacionales*... llenos de galicismos de palabra y de pensamiento y de obra.

De *Fomento* (!) han salido órdenes para que los estudiantes estudiasen así ó asado, y por culpa de las anfibologías, ni ellos ni los empleados de la secretaría sabían qué se podía estudiar y qué no.

Y lo mismo digo de los demás ministerios. Redacta usted mal una ley de *Aguas*... y resulta la *Trasatlántica*, por ejemplo.

¿Por qué se escapan con los fondos tantos careros? Porque no saben si la ley orgánica les consiente ó no cargar con el santo y la limosna. Se dice que hay aquí mucha inmoralidad. No es ver-

dad; lo que hay es mala sintaxis. El único que sabe un poco de gramática, sea del color que sea, es Sagasta, y por eso manda tanto tiempo.

Pero me temo que caigo otra vez en el *humorismo*. Todo me vuelvo paradojas, hipérboles y falta de orden y formalidad. ¡Malo, malo! Por aquí se va á Rabelais, ese quídam.

No seamos *Rabelaises*, seamos más bien autores de algún cuento verosímil y hasta histórico, del cual resulte algún beneficio para la sociedad ó para los particulares, en moneda contante y sonante.

No recuerdo si el Sr. Bremón ó el Sr. Fernanflor (puede que los dos), hablando con entusiasmo de los méritos y servicios del Sr. Castro y Serrano (¿serán Bremón y Fernanflor la *nueva escuela* á que se refería Ortega Munilla? «escuela... malo, pero... nueva»), dicen ó dice, según, que lo principal no es que su amigo escriba bien, (claro, eso lo hace cualquiera,) sino que á consecuencia de algunas de sus novelitas, de un realismo que se puede meter en una caja de ahorros, se aliviaron muchas desgracias verdaderas.

Yo respeto—pese á todos los *humorismos* del mundo—las obras de caridad que en efecto ha hecho con la pluma Castro y Serrano; yo confieso haberme enternecido en su día con algunas de esas narraciones... pero...

¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?

Ni para bien ni para mal se ha de echar en el saco del mérito literario ni en el de los defectos lo que sea ajeno al arte.

Si á Castro y Serrano le abonamos en cuenta literaria los resultados *reales* de sus novelas, hay que achacar á Goethe los crímenes de que fue sugestión el *Werther*...

Ni lo uno, ni lo otro.

Dios le tendrá en cuenta al Sr. Castro sus buenas obras.

Nosotros no debemos tener en cuenta más que sus buenos artículos.

Discursos y escritos claramente *iliterarios* han producido efectos análogos á los que alaban los admiradores exagerados de *nuestro* escritor.

En mi pueblo, en un club de republicanos, tratábamos en cierta ocasión de conmover las entrañas de nuestros ilustrados y queridos correligionarios, á fin de conseguir algunos recursillos para un emigrado francés que ni zapatos tenía. Cada orador procuró, según su estado, despertar la piedad del auditorio. Mas éste no acababa de ablandarse; hasta que, por fin, un tribuno fogoso, cansado de recorrer toda la gama del patos clásico y del romántico, exclamó en un arranque de espontaneidad:—En fin, ciudadanos, nuestro correligio-

nario francés está... (aquí un participio pasivo de la segunda conjugación y del *folk-lore* prohibido). Aquel participio, tan enérgico como antiparlamentario, abrió todos los corazones y todos los bolsillos.

Por eso digo, que no hay que confundir los efectos patéticos y los resultados útiles con la literatura como arte.

Las novelas vulgares del Sr. Castro y Serrano son, en efecto, muy recomendables; pero no por su aspecto de obra pía, sino por ciertas habilidades intrínsecamente artísticas. Lo cual no quiere decir que sean obras maestras. No, ni mucho menos. Justamente lo que más encanta en ellas á muchos lectores, que después escriben de crítica, es su parecido extremado con la realidad ante-estética (ante, no anti), esto es, lo que tienen de deficiente, de no acabado. Son novelas á medio hacer; *cartones* para cuadros, podría decirse.

El Sr. Castro y Serrano, que ha sabido sacudirse de encima el casacón ridículo de los pseudo-clásicos de Academia, no acaba de ser un verdadero escritor *moderno* por preocupaciones de otro género; sobre todo por la preocupación de no querer estudiar de veras el movimiento filosófico y artístico contemporáneo de los países de primer orden intelectual. Siendo, como es, hombre de mucha lectura y experiencia en otras materias, es lástima

que por la ignorancia de que trato haya permitido á su pluma escribir artículos tan absurdos como aquel de *Las potencias del alma*, en que ostentaba una psicología capaz de desacreditar á una nación entera. En este mismo discurso de la Academia se vé claramente, por lo que dice y por lo que calla, lo muchísimo que no sabe de estética y de historia literaria.

Pero, de todas suertes, si suponemos que para los escritores no hay purgatorio, no hay más que cielo é infierno, al Sr. Castro y Serrano... ¡qué diablo! hay que dejarle entrar en el paraíso.